

## ¿EL FIN DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE?<sup>1</sup>

A comienzos del siglo XXI, Estados Unidos aparece como amo y señor de la política global. El presupuesto militar de Washington supone actualmente más de la tercera parte del gasto mundial en armamento, y es mayor que el de las nueve siguientes potencias juntas. Los sistemas de armamento del Pentágono equivalen por sí solos a una formidable coalición; Estados Unidos disfruta de un dominio militar indiscutible sobre cualquier alianza de Estados eventualmente hostiles en el próximo futuro. Los críticos señalan que la preponderancia estratégica estadounidense está basada sobre todo en su potencia aérea y naval: Estados Unidos ha perdido su capacidad para controlar a las poblaciones, fundamentalmente porque su muy incrementada capacidad de matar se ha visto acompañada por la disminución proporcional en su disposición a permitir que se produzcan víctimas entre sus soldados.

En cierta medida es así. El control de la población se delega normalmente a otros Estados, que el poder militar estadounidense controla mediante ofertas que no pueden rechazar: o bien cooperan o tendrán que «pagar un precio», y si es preciso ese precio será el equivalente moderno a un asedio bélico: un bloqueo, seguido por bombardeos devastadores que pueden destruir completamente las instalaciones e infraestructuras económicas así como las fuerzas militares en combate. Una vez completada esta fase, Estados Unidos dispone habitualmente de la posibilidad de encontrar grupos en el país en cuestión dispuestos a unirse a su coalición para derrocar al régimen en el poder. Serbia es un ejemplo, Afganistán otro. China, Rusia y los Estados de Europa occidental, y hasta el Reino Unido, pueden murmurar cuanto quieran acerca del «unilateralismo» estadounidense. Pero cuando Washington bate el tambor para una acción militar internacional, esas potencias menores tienden a subirse al carro y no arriesgarse a las consecuencias de establecer coaliciones que pudieran hacerle frente.

---

<sup>1</sup> Giovanni ARRIGHI y Beverly SILVER, eds., *Caos y orden en sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal, 2001.

Desde 1989 las sucesivas administraciones estadounidenses han movilizadose ese poder coercitivo para asegurar su dominación política a escala mundial. Madeleine Albright expresó ese objetivo con su estilo característico: Estados Unidos, proclamó, es hoy día «la potencia indispensable». Bush ha llevado esa lógica a sus últimas conclusiones, con una estrategia tendente a desechar los viejos marcos de control de armamento establecidos durante la Guerra Fría y a convertir a Estados Unidos en una potencia posnuclear capaz de utilizar sistemas de defensa balísticos para aplastar a los Estados que tan sólo cuentan con armas nucleares convencionales. En Afganistán, el Pentágono ha mostrado con éxito su devastadora capacidad para arrasar Estados. Según todas las apariencias, la supremacía global estadounidense se encuentra en este momento en su cenit.

¿Pero corresponden las realidades subyacentes del nuevo siglo a las expresiones aparentes de la potencia estadounidense? En su importante obra aparecida hace poco, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Giovanni Arrighi y Beverly Silver argumentan vigorosa y extensamente la tesis contraria. Arguyen que, pese a su dominio militar históricamente sin precedentes, Estados Unidos está sufriendo un largo «declive hegemónico» que es incapaz de detener. Puede mantener temporalmente «un dominio explotador» —expresión que toman prestada de David Calleo—, pero eso traerá consigo una desorganización y un caos acelerados, que implicará una transición potencialmente catastrófica a un nuevo orden mundial. Al mismo tiempo, Arrighi y sus coautores identifican el Asia oriental como el nuevo centro dinámico con todo el espectro de recursos (excepto militares) capaces de establecer ese nuevo orden. Al igual que el *crack* de Wall Street en 1929 reveló, a través de sus repercusiones internacionales, la nueva centralidad de Estados Unidos en el sistema-mundo, la crisis financiera de 1997, lejos de indicar la debilidad de Asia oriental, mostró al provocar un *shock* global que el centro de gravedad del sistema internacional se está desplazando hacia el Este.

Como sugiere el título de su libro, Arrighi y Silver exploran la cuestión desde una perspectiva teórica que deriva, en líneas generales, de la teoría de los sistemas-mundo, poniendo de relieve sucesivos ciclos de ascenso y declive de una serie de potencias hegemónicas entre los Estados del centro. En la Introducción tratan de modificar la proclividad hacia cierto determinismo sistémico presente en la perspectiva wallersteiniana, argumentando, en particular, que los centros hegemónicos no se limitan a dominar un sistema invariable, sino que típicamente transforman la estructura del sistema mismo al hacerse dominantes. Por ello mismo, sugieren, cada potencia hegemónica se encuentra atrapada en un cierto tipo de dependencia producto del camino recorrido que la hace incapaz de responder a nuevos problemas sistémicos a los que se enfrenta el conjunto del sistema, lo que conduce a su desplazamiento por una nueva potencia hegemónica capaz de resolverlos. *Caos y orden* enmienda además la concepción wallersteiniana de la naturaleza de las crisis hegemónicas, ampliando la panorámica de tales convulsiones, más allá de la pura com-

petencia económica, para incluir las rivalidades entre Estados, las transformaciones del mundo empresarial, los conflictos sociales y el surgimiento de nuevas configuraciones de poder. Equipados con esos instrumentos teóricos, Arrighi y Silver emprenden una comparación sistemática de ciclos hegemónicos atendiendo a cuatro ejes diferentes: geopolítica y altas finanzas; transformaciones empresariales; conflictos sociales transnacionales; y relaciones entre Occidente y otras civilizaciones. A partir de la consideración de esos cuatro ejes derivan cierto número de conclusiones acerca del destino que aguarda a la hegemonía estadounidense de posguerra.

Una potencia hegemónica, insisten Arrighi y Silver, tiene que ser capaz de proporcionar respuestas eficaces, tanto a los varios desafíos que surgen a escala sistémica como a los problemas que la enfrentan a otros Estados en el interior del sistema global. Si no es capaz de producir tales respuestas, verá socavada su capacidad para controlar los acontecimientos en la medida en que los rivales busquen y encuentren soluciones en otro lugar. Entre tanto, el sistema mismo se verá marcado por varios grados de caos. Éste es de hecho el diagnóstico que su libro hace de la situación actual. Según ellos, existen signos cada vez más claros de que Estados Unidos es incapaz de consolidar un orden internacional en el que los grupos sociales y los procesos colectivos se institucionalicen de una forma estable. El centro de ese caos es la incapacidad de las estructuras estadounidenses para promover un equilibrio estable del poder de clase transnacional. Siguiendo a Wallerstein, sugieren que la hegemonía estadounidense es cada vez menos capaz de incorporar a los trabajadores de los países avanzados y de ofrecer una base social lo bastante amplia para capitalismo estable fuera del centro. Estados Unidos es, por tanto, incapaz de estabilizar mínimamente la sociedad mundial.

*Caos y orden* plantea así una agenda de amplio espectro para analizar el futuro de la política mundial. Muchos de sus argumentos teóricos derivan de las cuestiones centrales de la obra clásica de Arrighi, *El largo siglo xx*. Pero este nuevo libro se preocupa menos por explorar el pasado —el punto de partida cronológico de *El largo siglo xx* se situaba en la Alta Edad Media— y desarrolla más hipótesis en torno a pactos sociales y conflictos consustanciales a la construcción de un orden hegemónico. Por encima de todo, plantea un amplio abanico de preguntas, orientadas hacia el futuro, acerca de la situación histórica actual, y concluye con una serie de predicciones acerca del tipo de mundo hacia el que nos encaminamos. Desde cualquier punto de vista, se trata de una obra imponente.

Entre sus argumentos destaca el rechazo a la idea de que durante la década de 1990 el capitalismo estadounidense generó una base nueva y más dinámica para la acumulación de capital, del tipo de la que acompañó la

---

<sup>2</sup> G. ARRIGHI, *El largo siglo xx*, Madrid, Akal, 2000.

construcción de la hegemonía estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial. La «nueva economía» apenas se menciona. Arrighi y sus colegas niegan también que estemos asistiendo a una «hegemonía creciente de los mercados globales», insistiendo, en cambio, en que desde la década de 1970 la principal característica de la economía estadounidense y mundial ha sido una fase de expansión financiera del tipo analizado en profundidad en *El largo siglo xx*, esto es, un período en el que se interrumpe un largo ascenso de la producción y el comercio, generando un creciente superávit de capital-dinero y tensiones presupuestarias en los principales Estados. Arrighi argumentaba que tales expansiones financieras reforzaban inicialmente a la potencia hegemónica en declive, capaz de hacerse con la mayor porción del capital excedente; pero en un marco temporal más amplio aparecen, en las nuevas regiones en desarrollo, salidas para la inversión más beneficiosas que las disponibles en la que venía siendo la potencia hegemónica. En medio del creciente desorden internacional, cuando las instituciones de la hegemonía en declive –incapaz de adecuarse a las nuevas tendencias– se vienen abajo, acontecimientos casi inapreciables pueden precipitar un desplazamiento de todo el eje del sistema-mundo hacia un nuevo centro hegemónico. Desde esta óptica, las expansiones financieras del tipo de la que hemos contemplado en los últimos veinte años se consideran síntomas clásicos de una crisis de hegemonía. Arrighi y Silver predicen que esa expansión financiera «acabará más o menos catastróficamente, dependiendo de cómo gestione la crisis la potencia hegemónica en declive».

La idea de que el capitalismo atraviesa, tanto nacional como internacionalmente, fases de expansión y de desaceleración productiva, y de que estas últimas se ven marcadas por expansiones financieras, está, obviamente, bien fundada. Tampoco hay duda de que el período que arranca a comienzos de la década de 1970 se ha visto evidentemente marcado por ese tipo de financiarización. Sin embargo, lo que parece mucho menos seguro es la suposición de que las fases de importante expansión financiera deban ir siempre acompañadas por una crisis de hegemonía. Eso solamente se puede mantener si consideramos en cierto modo a los Países Bajos como una potencia hegemónica en declive en el siglo xviii, pero si no lo hacemos (y yo creo que no podemos hacerlo), entonces el modelo histórico sobre el que se asienta ese aserto teórico se quiebra. Para estudiar las contradicciones de las potencias hegemónicas modernas sería mejor centrarse en la tendencia inherente al capitalismo dominante de generar superávit financieros que sus capitalistas invierten en nuevos centros de crecimiento más seguros. En el caso británico fueron Estados Unidos y los Dominios Blancos. En los últimos veinte años hemos asistido a la rebatía de los capitales estadounidenses, japoneses y europeos por invertir en los nuevos centros de crecimiento del Este y Sureste de Asia, esto es, China y la ASEAN. Obviamente, la existencia de una poderosa fase de expansión financiera en los países del centro intensifica el impulso de esos nuevos centros de crecimiento, así como el consiguiente desplazamiento del centro de gravedad de la acumulación, alejándose de los capitalismoes anteriormente dominantes.

Pero precisamente en el contexto de esta tendencia contemporánea deberíamos fijarnos en una característica central de las últimas dos décadas en gran medida minusvalorada por Arrighi y Silver: la tendencia a abrir los Estados que albergan las economías Asia oriental y sudoriental de forma que posibilite a los capitales del centro apropiarse de los activos económicos presentes en las mismas, asegurando así que las corrientes de valor generadas en esas sociedades se conviertan en propiedad de las clases poseedoras de Estados Unidos y los demás Estados de la OCDE. Esto fue un objetivo patente de la táctica del Tesoro estadounidense hacia Corea del Sur en la crisis de 1997 y constituirá sin duda un objetivo primordial de la política estadounidense hacia China durante los próximos diez a veinte años. El mismo modelo se observó, por supuesto, en Europa del Este y América Latina. Es importante señalar que no se trata un saqueo que beneficie únicamente a los países dominantes, sino también a las clases propietarias de los países dominados, que pueden sacar ventaja del movimiento libre de capitales impulsado por Estados Unidos y sus aliados para transferir sus activos a los centros financieros metropolitanos y vivir como rentistas en lugar de arriesgar sus riquezas en peligrosas estrategias de desarrollo en su propio país. El paradigma de esa forma de ingeniería social es actualmente Argentina. Para Arrighi y Silver, el consiguiente caos y desorganización social sería la mejor prueba de la crisis hegemónica que diagnostican; pero igualmente se podrían leer como síntomas del otro concepto que exponen, los continuados efectos del dominio explotador de la potencia hegemónica.

Arrighi y Silver subrayan con razón el poder potencial de lo que denominan, siguiendo a Polanyi, «altas finanzas». Tal como lo plantean, para que un Estado sea capaz de aspirar la hegemonía debe satisfacer dos requerimientos clave: debe ser «más poderoso que sus predecesores, no sólo militar, sino también financieramente»; esto es, capaz de proporcionar «mayor control sobre medios de violencia globalmente efectivos y sobre los medios de pago universalmente aceptados». Hoy día, sin embargo, según ellos no asistimos a la fusión sino a la fisión de esas capacidades del centro: «El control sobre los medios de violencia globalmente efectivos se ha concentrado aún más en manos de la potencia declinante, pero el control sobre los medios de pago universalmente aceptados se está concentrando cada vez más en manos de agencias empresariales transnacionales o agencias gubernamentales (sobre todo de Asia oriental) que carecen de relevancia político-militar, y que se hallan muy alejadas de los tradicionales centros de poder (euroestadounidenses) del sistema-mundo actual». Al situar históricamente este desarrollo se centran especialmente en un aspecto del ejercicio del poder financiero, el poder de la creación de crédito. A finales de los siglos XVII y XVIII, afirman, los Países Bajos seguían siendo una importante potencia internacional, aun después de su declive militar, gracias a su oferta de crédito a Estados más poderosos, especialmente a Gran Bretaña. También muestran lo decisivo que fue el apoyo financiero de Washington para incluir a los Estados europeos en el nuevo orden estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial. De ahí se

deduce, según ellos, el significado potencial de lo que llaman los nuevos «cajeros» de Asia oriental como Hong Kong y Singapur, así como Taiwan y Japón.

¿Pero hasta qué punto es válida la deducción de que Estados Unidos podría pronto encontrarse en la posición de Francia o Gran Bretaña después de 1945? Es cierto que Estados Unidos cuenta hoy con una capacidad de crédito limitada, mientras que muchos gobiernos del litoral asiático del Pacífico tienen grandes reservas. También es cierto que la creación de crédito puede otorgar una palanca política significativa, dada la cantidad de países que buscan desesperadamente hoy día nuevas fuentes de financiación. Un ejemplo podrían ser los préstamos alemanes a la Unión Soviética en 1989-1990, en un momento en que Estados Unidos se veía en una situación apurada e incapaz de comprometerse por su propia cuenta en una política de crédito de envergadura. Pero sería un error subestimar el poder estadounidense incluso en el campo financiero, ya que Estados Unidos todavía sigue siendo capaz de vivir del legado institucional de su período de dominio financiero manteniendo el control de las instituciones financieras internacionales que estableció en su cenit económico; es significativo que en *Caos y orden* raramente se mencione al FMI.

Pero precisamente en la medida en que puede contar con la primacía de las instituciones financieras que controla como centros de crédito público para otros países, Estados Unidos puede explotar las reservas de sus principales rivales y utilizarlas como fuente de su propio poder de creación de crédito. Tampoco se debe pensar que los activos militares y financieros se mueven en mundos separados, sin interacción política. En el momento decisivo de la crisis del Asia oriental, cuando Japón amenazaba con romper filas y establecer su propio Fondo Monetario Asiático para los países de la región con problemas, Washington no halló muchas dificultades para defender la jurisdicción del FMI (y por tanto del Tesoro estadounidense) e intimidar a Tokio, que tuvo que batirse en una ignominiosa retirada, consciente de su dependencia del pacto de seguridad con Estados Unidos. Finalmente, tampoco se puede divorciar la capacidad financiera de la interdependencia industrial. Teóricamente, el gobierno japonés poseía ciertos instrumentos para una contramedida: podría haber amenazado al dólar esgrimiendo la cantidad enorme de bonos del Tesoro estadounidense en manos japonesas. Pero eso no sólo habría elevado la cotización del yen astronómicamente, en detrimento general de su sector manufacturero, sino que también habría dañado el poder de compra de su principal mercado, los propios Estados Unidos; se trataba de una estrategia autopunitiva, y no es pues sorprendente que Tokio prefiriera contemporizar.

Las vicisitudes de las «altas finanzas» no afectan únicamente, por supuesto, a las relaciones interestatales. Los sistemas crediticios nacionales también pueden sufrir modificaciones y crisis traumáticas, a los que Arrighi y

Silver prestan menos atención. Un grave hundimiento del sistema financiero estadounidense, que supusiese el colapso del sistema bancario, y coincidiese con una desaceleración económica severa que debilitara sus recursos fiscales, tendría un efecto dramático sobre la capacidad de Estados Unidos para operar en el exterior. Que semejante escenario no puede descartarse en absoluto lo sugieren los signos premonitorios de conmoción bajo Bush padre. Al iniciarse la década de 1990 Washington todavía fue capaz de desencadenar la guerra del Golfo y de exigir que Japón y Alemania corrieran con la mayor parte de los gastos, lo cual permitió que Estados Unidos sacara nuevas ventajas de la campaña militar. La capacidad para extraer tributos a esa escala puede no existir hoy, de forma que las operaciones militares estadounidenses podrían, en el futuro, depender de líneas de crédito aportadas por otros países. Pero no se debería exagerar la probabilidad de tal evento; mantener su máquina de guerra, aun con toda su aplastante supremacía estratégica, le cuesta a Estados Unidos relativamente poco. El presupuesto militar de Washington supone actualmente menos del 4 por 100 del PNB, un porcentaje más bajo que en cualquier otro momento desde finales de la década de 1930. También habría que señalar que Estados Unidos sigue ganando más de sus servicios militares en el extranjero de lo que paga por ellos, otro signo de su capacidad todavía vigorosa de exacción de tributos. Así pues, el sistema todavía cuenta con suficiente holgura, con tal que la política doméstica estadounidense permita grandes incrementos en los impuestos siempre y cuando sea necesario.

En el terreno de las «altas finanzas», el verdadero talón de Aquiles de Estados Unidos está en otro sitio: en la combinación de un déficit comercial enorme y tasas de ahorro domésticas muy bajas. Eso sólo se puede mantener en la medida en que el dólar siga siendo la unidad de cuenta y medio de pago dominante en el mundo, permitiendo a Estados Unidos cubrir su déficit comercial y otras obligaciones emitiendo su propia moneda. Si tuviera que pagar esas deudas en otras divisas pronto se vería en dificultades muy serias. Sin la capacidad para utilizar su fuerza político-militar a fin de mantener el dominio del dólar, se vería obligado a sufrir una radical reordenación social interna para hacer frente a las consecuencias. Ese desafío al dólar puede provenir, desde luego, de un ascenso del euro o de alguna moneda regional del Oriente asiático. Pero eso, como es obvio, exigiría inevitablemente un ejercicio del poder político fuera del campo financiero.

En lugar de seguir esa línea de pensamiento, Arrighi y Silver desplazan nuestra atención desde las cumbres del sistema hacia las formas emergentes de redes empresariales que entienden como réplica al tipo de organización empresarial asociado a la hegemonía estadounidense. Centrándose en las modalidades de empresa más que en la idea marxista de las relaciones de producción entre las clases, ofrecen un recorrido histórico ilustrativo de los sucesivos modelos de organización empresarial, desde las compañías comerciales militar-económicas de holandeses y bri-

tánicos en el siglo xvii hasta la moderna corporación multinacional basada principalmente en Estados Unidos y las redes informales actuales presentes en Asia oriental y sudoriental. ¿Qué conclusiones sacan de ese estudio? Siguiendo a Charles Tilly argumentan, poco convincentemente, que las multinacionales estadounidenses han debilitado de hecho, en el pasado reciente, la capacidad del Estado norteamericano, escapando de sus fronteras y privándole de los impuestos que necesita. Pero como ha mostrado el trabajo de Ronan Palan, el crecimiento de centros extraterritoriales [*offshore*] ha sido enérgicamente promovido por los propios Estados Unidos, y los intentos de cerrarlos o someterlos a disciplina por parte de la Unión Europea y otros países de la OCDE han chocado con la oposición de Washington. Por otra parte, los empleados norteamericanos de las multinacionales estadounidenses en el extranjero están sujetos a impuestos, y se están desarrollando nuevas técnicas para asegurar que los beneficios totales mundiales de las corporaciones para las que trabajan queden al alcance de los recaudadores.

El aspecto más interesante del libro es la sugerencia de que las redes japonesas y las redes chinas extracontinentales presentes en Asia oriental y sudoriental han demostrado ser potentes palancas del crecimiento económico y firmes barreras frente a la penetración económica estadounidense en el área. De ello se deduce que lo que el mundo anglosajón denuncia como «capitalismo de compinches» puede ser para la región un problema menos agudo que para su acaparamiento por las empresas del mundo atlántico. Arrighi y Silver creen que es la propia informalidad de esas redes regionales la que las hace tan resistentes a la apropiación estadounidense, y que cualquier intento de establecer un sistema regional más formal, gobernado por leyes, debilitaría probablemente su inmunidad a la infiltración. Pero están menos interesados en explorar los mecanismos internos de esas redes que en situarlas en la amplia perspectiva histórica de las relaciones entre Occidente y la civilización sinocéntrica de Asia oriental. Muestran cómo el ascenso, primero de los Países Bajos y más tarde de Gran Bretaña, dependió decisivamente de la capacidad de esos Estados para desplegar una superioridad militar que les permitió extraer riqueza de las civilizaciones de Asia oriental y sudoriental, sin que existiera una hegemonía cultural sobre ellas. En términos gramscianos, insisten en que la expansión occidental en Asia fue siempre una cuestión que «dominación» –violencia coercitiva– más que de «dirección», esto es, dominio ideológico. Plantean entonces la historia de la segunda mitad del siglo xx como una serie de derrotas occidentales en Asia oriental, en la medida en que Estados Unidos se mostró incapaz de derrotar al comunismo chino y vietnamita y actualmente se enfrenta a un desafío económico creciente por parte de aquella región. *Caos y orden* finaliza con la conclusión de que ese desafío es ahora probablemente imparable y conducirá en último término al desplazamiento del dominio global de Estados Unidos, en particular porque no puede utilizar su poderío militar para afrontarlo. Pero el ascenso de Asia oriental y sudoriental centrada alrededor de China no representará una amenaza para la prosperidad o seguri-



dad del mundo atlántico, ya que su economía, aseguran Arrighi y Silver, permanecerá estructuralmente abierta al resto del mundo. Así, pues, el único problema para ellos es si Estados Unidos aceptará pacíficamente su destronamiento de la hegemonía mundial y se acomodará al ascenso de Asia oriental, o si reaccionará destructivamente tratando de responder con una renovada «dominación explotadora».

Sin embargo, la envidia social y cultural de la hegemonía que predicen para el Asia oriental sinocéntrica sigue siendo, en *Caos y orden*, una caja negra, ya que –y éste es el último y más llamativo aspecto de sus afirmaciones– consideran la región no sólo como el centro de un desafío civilizatorio a Occidente, sino también como el más probable epicentro de la próxima oleada de insurgencia social contra el dominio del capital. Siguiendo a Hobsbawm, insisten en que el final del siglo xx ha sido sobre todo, sociológicamente hablando, la época de la «muerte del campesinado», la proletarización final de la población rural del globo, que se está produciendo actualmente a una escala gigantesca en China. Es allí donde esperan que el debilitamiento de la fuerza de trabajo en todo el mundo sea finalmente revertido. Una nueva oleada transnacional de radicalismo obrero, marcado mucho más fuertemente que en el pasado por la feminización del trabajo y la composición multiétnica del proletariado mundial, proporcionará, aseguran, nuevas fuerzas al desafío desde abajo.

*Caos y orden en el sistema-mundo moderno* es pues un llamamiento, al que hay que dar la bienvenida, a liberarse de los debates estrechos y misticadores sobre la globalización, y a situar en una perspectiva histórica la aparentemente abrumadora prevalencia política de Estados Unidos. Escrito con ejemplar claridad y concisión, ofrece un cúmulo de interrogantes y estimulantes hipótesis para nuevas investigaciones y debates. Pero la admiración por la audacia de su planteamiento debe ir acompañada de un examen crítico de sus argumentos. Ya que a pesar de su ingenio ilustrativo, las dos afirmaciones centrales del libro –un inicio del declive de la potencia estadounidense, y un desafío dinámico y coherente de Asia oriental frente a él– están todavía por demostrar.

De hecho, omiten dos dimensiones cruciales para cualquier respuesta a la cuestión de la durabilidad de la hegemonía estadounidense. La primera puede plantearse de forma muy simple. Como otros teóricos de los sistemas-mundo, sitúan correctamente la tendencia histórica general hacia la concentración y centralización del poder en entidades geográficas cada vez mayores, y enfatizan la gigantesca escala de los recursos económicos y militares que Estados Unidos (y la Unión Soviética) pudieron movilizar para superar a los fragmentados Estados de Europa a mediados del siglo xx. De ahí se sigue, no obstante, que cualquier sustitución del dominio unilateral estadounidense en el siglo xxi exigirá algún tipo de conjunción entre los dos centros principales de los que puede surgir un desafío competitivo a Estados Unidos: Europa (incluyendo quizá a Rusia) y Asia oriental (incluyendo China y Japón). Tal evolución, por remota que pueda parecer en

la actualidad, no puede descartarse. Arrighi y Silver, sin embargo, ni siquiera la consideran, insistiendo por el contrario en un supuesto ascenso de Asia oriental por sí sola. Se puede detectar ahí cierto toque de romanticismo orientalista, ya que, se mire como se mire, a esa región le falta todavía aproximarse al grado de coherencia o unidad que posee ya, pese a todas sus debilidades, la Unión Europea.

Durante treinta años, las relaciones entre China y Japón han sido mucho más tensas que las existentes entre cualquiera de esos dos países y Estados Unidos, y en la actualidad se están deteriorando rápidamente, al intensificarse los conflictos comerciales. Las relaciones de Corea con Japón, su antigua metrópoli, difícilmente podrían ser más frías. Además, como ha señalado recientemente en estas páginas Kuan-Hsing Chen, el poder estadounidense en la región no es tan sólo coercitivo; la identificación cultural con Estados Unidos puede que sea más profunda en este momento en Pekín y Shanghai que en París o Berlín. Parafraseando a Bismarck, «Asia oriental» es una expresión geográfica, no un sujeto político; Estados Unidos dispone de muchos recursos para que siga siendo así. Hasta ahora, la habilidad política estadounidense ha mantenido sin un esfuerzo excesivo el modelo de relaciones bilaterales que prefiere en relación con los regímenes locales. Hay, es cierto, serios esfuerzos de la ASEAN-más-3 (China, Japón y Corea del Sur) para establecer un sistema regional de apoyo financiero entre sus bancos centrales para impedir una repetición de las operaciones del Tesoro estadounidense respecto a Corea del Sur en 1997. Incluso hay intentos de ese mismo grupo encaminados al establecimiento de una zona comercial preferencial en la región. Pero sus esfuerzos siguen siendo vulnerables a la rivalidad chino-japonesa sobre el liderazgo de la economía política regional, así como a las maniobras geopolíticas estadounidenses destinadas a evitar el surgimiento de tal bloque.

La segunda dificultad en la construcción general de *Caos y orden* es más profunda. ¿Cómo encaja el choque transnacional de fuerzas sociales a comienzos del siglo XXI con la geopolítica y geoeconomía de la hegemonía global? ¿O las corta transversalmente? ¿Cuál es el significado de la llamativa coincidencia de que Asia oriental sea señalada como centro, tanto del próximo desafío hegemónico a Estados Unidos como del próximo desafío social a la hegemonía del capital, como si no hubiera tensiones entre esos dos perspectivas? Por detrás de ese doble pronóstico se aprecia una sola y común esperanza, la del derrocamiento de la dominación estadounidense y con ella del propio orden capitalista. Pero aun tratándose de dos perspectivas muy diferentes, parece como si estuvieran apostando a la vez a caballos que corren en direcciones opuestas, depositando sus esperanzas en la burguesía de Asia oriental para vencer a la estadounidense, y al mismo tiempo en el proletariado de Asia oriental para derrocar a las burguesías de Asia oriental y estadounidense. ¿No habrá ahí cierta reminiscencia, algo así como un eco distante, de la estrategia en dos etapas de la Comintern de mediados de la década de 1920?

*Caos y orden* no establece un orden cronológico para esas dos aspiraciones; pero el afán político y la realidad histórica, en cualquier caso, no deberían identificarse. En China, la «muerte del campesinado», que sigue siendo todavía la mayoría de la población, no sólo está lejos de haberse consumado; la rebelión social es mucho más visible en el campo que en las ciudades, donde a pesar de su propia explotación, la fuerza de trabajo urbana disfruta de una serie de privilegios que la sitúan lejos de las masas rurales y que han propiciado su aquiescencia hacia el régimen. Es legítimo esperar que eso cambie, aunque el ejemplo de la fuerza de trabajo japonesa debería suscitar cierta cautela. Pero la auténtica paradoja de lo que se podría llamar el reaseguro del optimismo político manifiesto en *Caos y orden* sería evidente si así sucediese. ¿Un enérgico desafío de su fuerza de trabajo no llevaría más bien a las clases propietarias de Asia oriental a seguir el modelo de las europeas aferrándose a Estados Unidos, el más sobresaliente campeón global de los derechos de propiedad sin límites del capital?